

Guirnalda os traigo de las flores que crecen en la soledad, fecundadas con la meditación y perfumadas con el perfume de los cielos: rosas que he recogido entre los abrojos del santo ministerio, y que á nadie mejor que á vosotras pudiera dedicarlas. Ellas no os proporcionarán los goces fugitivos de los sentidos; pero en cambio su fragancia fortalecerá vuestras almas. Doce son las flores con que formaré esta GUIRNALDA, y espero que guardaréis una flor para cada mes.

Si al fin del año las conservaréis todas, y si en vuestras vírgenes almas han brotado nuevas, bendecid al Señor; pero si al concluir la lectura de este librito está árido vuestro espíritu, culpádmelo á mí, que no he sabido interpretar la voluntad de Dios.



Joaquín Arcadio Pagaza,
Secretario.

vives, ¿qué no haría él por satisfacer por sus pecados y por recuperar la amistad de Dios? Si una alma del Purgatorio tuviese el mismo privilegio, ¿con qué acciones de virtud



ENERO

(Flor: *Pensamiento.*)

Del tiempo.

§ I

NINGUNA cosa tenemos tan propia como el tiempo, y de ninguna hacemos mayores desprecios, siéndonos su pérdida la menos sensible, la más dañosa y la totalmente irremediable.

El año precedente ya pasó. ¿Qué me ha quedado de tantos días, de tantas horas y de tantos momentos? Si un solo día podía bastarme para adelantar en el amor de Dios, ¿cómo he dejado pasar tantos inútilmente? Por toda la eternidad no podré

Guirnalda os traigo de las flores que crecen en la soledad, fecundadas con la meditación y perfumadas con el perfume de los

jamás recuperar el tiempo perdido, y aunque yo viviese mil años, en tan largo espacio de tiempo no podría reparar la pérdida de un solo cuarto de hora. Porque esos mil años deberían todos estar llenos de santas obras distintas de aquellas que debiera yo haber hecho en el tiempo pasado.

Y lo peor es que el tiempo que Dios me ha dado para que le sirviese, yo lo he empleado en desagradarle.

¡Oh, Dios mío! ¿Cómo me habéis sufrido, habiendo tomado yo osadía para ser tan mala sólo por ser Vos tan bueno? ¡Oh! si yo hubiera vivido siquiera menos mal, no hubiera sido para mí el tiempo pasado tan infeliz.

Alma mía, da cuenta de ti primero, y después la darás á Dios. Tu libro de cuentas es deudor de un año. ¿En qué lo has empleado? ¿En vanidades, en impaciencias, en pa-

vives, ¿qué no haría él por satisfacer por sus pecados y por recuperar la amistad de Dios? Si una alma del Purgatorio tuviese el mismo privilegio, ¿con qué acciones de virtud

satiempos inútiles, en pensamientos superfluos, en pecados voluntarios? ¿Tendrás atrevimiento tú de dar á Dios una cuenta tan mal ajustada?

El tiempo ya pasó... ¿Y qué te ha quedado de lo mal que has usado de él? La vergüenza, el arrepentimiento, el disgusto y la obligación de satisfacer ó en esta vida ó en la otra. Cuando tú hubieses gozado de todos los placeres de tus sentidos, y dado todo contento y hartura á tus pasiones, ¿qué tendrías de esto, sino el ser más infeliz y más culpable? Y aun más desgraciada serías si hubieses podido ejecutar los demás males que has deseado hacer.

Perdonadme, divino Jesús, el haber empleado tan mal el tiempo tan precioso que Vos me habéis dado para adquirir vuestro amor y para enriquecerme de vuestras gracias. Pésame, Señor, de mi pérdida; dúlome de mi miseria, y propongo la enmienda.

Guirnalda os traigo de las flores que crecen en la soledad, fecundadas con la meditación y perfumadas con el perfume de los

§ II

El tiempo presente.

Éste sólo es el que está en tu mano, del cual eres dueña, y en el cual puedes ganar una eternidad bienaventurada.

Este momento en el cual te hallas, te puede enriquecer para siempre. ¿Por qué lo dejas perder y lo gastas inútilmente?

El Apóstol dice: «Obremos bien mientras tenemos tiempo.» Este es el tiempo de obrar bien. ¿Qué hay que atender ni mirar al tiempo de adelante? Este es el tiempo de aprovechar: este es el día de nuestra salud, dice también el mismo Apóstol. Hoy, pues, es el día en que puedes ó ganar tu salvación ó perderla, según te aproveches de él, ó bien ó mal.

Si un miserable condenado pudiese servirse del día de hoy en que tú

vives, ¿qué no haría él por satisfacer por sus pecados y por recuperar la amistad de Dios? Si una alma del Purgatorio tuviese el mismo privilegio, ¿con qué acciones de virtud no procuraría abreviar sus penas, y acortar el término de su padecer en aquella prisión que le impide la vista clara de su Dios?

El tiempo que tienes va corriendo, y pronto será como el pasado, no quedándote de él otra cosa sino el bien ó el mal que en él hubieres hecho. Será un sueño, del cual sólo quedará su memoria. ¡Oh, qué cosa tan lamentable! ¡Caer en una extrema miseria, habiendo tenido y dejado pasar en vano la ocasión de enriquecer!

Con el tiempo presente que Dios te da, los santos han adquirido el Cielo. La Virgen santa no ha tenido otra moneda con que ganar el Cielo y llegar á ser Reina del universo, sino la del tiempo presente, el cual

de vuestra eternidad gloriosa: hacedme gracia de que yo emplee todo, este tiempo en vuestro servicio para gloria vuestra, y que mi desorde-

Ella tan solícitamente empleó con tanta perfección. ¡Oh Santísima Virgen, dadnos de vuestra diligencia para emplear bien el tiempo!

El Buen Ladrón, estando en la cruz, tuvo poquísimo tiempo para hacerse santo; pero lo empleó bien y le bastó.

Se tú, pues, avara de tiempo tan precioso, y no lo desperdices inútilmente. El Salvador mandó que se recogiesen las sobras del pan milagroso que dió en el desierto para que no se perdiesen sin utilidad.

No deberíamos ser menos diligentes en recoger y aprovechar tantos cuartos de hora cuantos sin utilidad alguna perdemos. En este cuarto de hora puedo aumentar los grados de gracia, y yo lo empleo en aumentar (por lo menos) las penas del Purgatorio.

Jesús, Hijo del eterno Padre, que nos habéis dado el tiempo como semilla de la eternidad: quitad de

des ó ganar tu salvación ó perdulla, según te aprovecharas de él, ó bien ó mal.

Si un miserable condenado pudiese servirse del día de hoy en que tú

mí toda pereza, y dadme gracia para que yo siembre este grano mientras pueda, de manera que después coja con abundancia el fruto de vuestra gloria para todos los siglos.

§ III

Tiempo futuro.

No hay cosa para ti más incierta que el tiempo futuro. Tú has comenzado este año, y, ¿por ventura el fin de tu vida será en este mes? ¿Qué puedes tú determinar de cierto en una cosa tan incierta?

Dios sólo sabe cuánto tiempo te queda de vida. Todas las ciencias del mundo no te descubrirán este secreto jamás; no te fatigues por saberlo. Si vives mal, tu vida será siempre corta; pero será muy larga si vives bien.

¿Por qué fundar largas esperan-

de vuestra eternidad gloriosa: hacédme gracia de que yo emplee todo, este tiempo en vuestro servicio para gloria vuestra, y que mi desorde-

zas sobre el tiempo futuro? ¿Acaso puede ser fundamento de cosa alguna lo que en sí mismo es nada? Tú pones todos tus designios en los años venideros, que es muy posible que no veas. Deja á Dios todo lo futuro, y aprovéchate de lo presente.

Aquel rico miserable del Evangelio, sólo soñaba en lo futuro. Y así, habiendo llenado bien sus graneros y sus despensas, se figuraba para adelante una vida muy feliz y regalada. Pero aquella misma noche en que prolongaba estas ideas, murió.

La felicidad que depende de lo futuro es muy engañosa. Bien es pensar en lo venidero; mas no ahora, sino cuando estemos en la eternidad. Piensa que te aguarda una eternidad, ó de gloria ó de penas, y que el tiempo intermedio, en el que apoyas tus esperanzas, no es más que un momento, que pasará como

des ó ganar tu salvacion ó perdulla, según te aprovechares de él, ó bien ó mal.

Si un miserable condenado pudiese servirse del día de hoy en que tú

cual no es conforme á la condición de pecadores. Esto es tomar el medio por el fin, y hacer á la salud el único blanco adonde se enderecen

un relámpago, y tú, en pasando, te hallarás ó salva para siempre, ó condenada para siempre.

Haz mejor de este modo: no hagas cuenta alguna del tiempo futuro; corta las alas á tus pensamientos, y tenlos fijos en el tiempo presente; imita á Dios, á quien están presentes todas las cosas, lo cual harás si tomas una resolución firme de gastar todo el tiempo de adelante, así como el presente, de manera que no haya hora, día, mes ni año que no lo consagres á Dios, como consagras este tiempo en que estas cosas consideras.

Dios eterno, Criador de todo, y Soberano señor del tiempo, que me habéis dado el de esta vida transitoria para que yo en él obre mi eterna felicidad y me haga digna de vuestra eternidad gloriosa: hacedme gracia de que yo emplee todo este tiempo en vuestro servicio para gloria vuestra, y que mi desorde-

zas sobre el tiempo futuro? ¿Acaso puede ser fundamento de cosa alguna lo que en sí mismo es nada? Tú pones todos tus designios en los años venideros, que es muy visible

nada pasión no use mal de cosa tan santa; concededme que emplee todos los instantes de mi vida en vuestro santo servicio.



cual no es conforme á la condición de pecadores. Esto es tomar el medio por el fin, y hacer á la salud el único blanco adonde se enderecen



FEBRERO

(Flor: *Rosa entre espinas.*)

Salud y enfermedad.

§ I

La salud.

AUNQUE la salud de nuestros cuerpos depende de su temperamento, y su conservación de un buen régimen de vida, ella, con todo, es un don de dios. Y si tú la tienes, debes por ella dar muchas gracias al distribuidor de todos los bienes, así naturales como sobrenaturales.— ¿Cómo tú te sirves de tu salud? ¿La gastas en excesos inútiles, en trabajos excesivos tomados para cum-

zas sobre el tiempo futuro? ¿Acaso puede ser fundamento de cosa alguna lo que en sí mismo es nada? Tú nones todos tus designios en los

plir tus antojos, ó en una ociosa y deliciosa pereza? No esperes á la enfermedad ó á la vejez para hacer buenas obras; hazlas mientras la salud te lo permite, y trabaja con la prudencia que te aconseja el Apóstol.

Si Dios te ha dado una salud fuerte y robusta, no desprecies á los enfermos, ni los murmures, ni los condenes como delicados. Ten grande compasión de sus males, y persuádate que, si tú padecieras, serías más sensible que ellos y más difícil de contentarte.—No tengas tampoco solicitud extraordinaria de tu salud, ni la hagas el fin principal de tu vida, no fatigándote por otra cosa sino por conservarla, temiendo con demasía la más mínima cosa que pueda dañarla ó alterarla, porque esto es estimarla como cosa adquirida por tu industria, y no venida de la mano de Dios.

Esto es querer nunca enfermar, lo

cual no es conforme á la condición de pecadores. Esto es tomar el medio por el fin, y hacer á la salud el único blanco adonde se enderecen y tiren todas las acciones de la vida, lo cual es grande absurdo.—Si pierdes la salud, ó tienes alguna falta de ella, grande ó pequeña, no pienses por eso que has perdido un gran tesoro. Porque éste es un bien tocante solamente al cuerpo, el cual necesariamente ha de perderse con la muerte, y sin el cual muchas personas han adquirido el Cielo; antes es un bien no poco peligroso, por el cual muchos se han perdido, habiéndoles servido de instrumento de no pocos pecados.

Ofrécele á Dios la salud que tienes, y pídele perdón de haberte servido mal de ella, proponiendo no emplearla más que en el servicio divino.

Y pídele que te la conserve si ha de ser para mayor gloria suya y

pequeños. Piensa en la muerte algunas veces, y mírala como el fin de tus miserias, y acéptala si ya es llegada la hora que Dios te tiene

provecho de tu alma. Pero si no que te la quite, si ha de ser ocasión de que cometas el más mínimo pecado.

§ II

Enfermedades peligrosas.

Por dos géneros de enfermedades perdemos la salud. Unas son agudas y peligrosas, otras son ordinarias y habituales.

Disponte para las primeras cuando quisiere Dios enviártelas, y recíbelas como remedios de las enfermedades de tu alma.—Luego que te sientas tocada de alguna grave enfermedad que te obliga á ponerte en la cama, entra en ella como entraban los mártires en el lugar de sus tormentos, para honrar con ellos á Dios; y como las almas del Purgatorio, que entran en él para satisfacer por sus culpas; y como los de

lincuentes que son metidos en rigurosas prisiones por sus delitos.—Acepta con buen corazón todas las penalidades de tal enfermedad, y ofrécelas á Jesucristo, que con un amor paternal quiere que las padezcas al presente. Reprime todas las impacencias que te excitaren los dolores, y sufre de buena voluntad las demás penas de tu mal, diciéndole á Dios de corazón: «Herid, Señor, cortad y quemad aquí para que me perdonéis en la eternidad.»

Haz un grande y firme propósito de descuidar de ti y de obedecer á los médicos y demás personas inteligentes que tendrán cuidado de servirte. La enfermedad es una sementera de santas acciones. Cada día tendrás en ella ocasiones de quebrantar tu voluntad y de resignarla en Dios y en las criaturas para atesorar grandes y excelentes virtudes.

Recibe con buen ánimo los reme-

pequeños. Piensa en la muerte algunas veces, y mírala como el fin de tus miserias, y acéptala si ya es llegada la hora que Dios te tiene

dios, por dificultosos y amargos que sean, porque Dios quiere que los recibas y que los sufras, ya sea aplicados al cuerpo, ya tomados por la boca, pues te ha dado la enfermedad para eso. Piensa en tus culpas, que han merecido mayores penas. Piensa en la Pasión de Jesucristo, en los azotes que le dieron y en la hiel que le hicieron beber.

No tomes los remedios solamente por sanar, para lo cual Dios es el que les ha de dar la virtud y eficacia. Tómalos porque Dios quiere que los tomes.

Y mortifica aquel demasiado deseo de sanar que tienen los enfermos. Porque, ¿qué cosa mejor puedes tú tener que hacer la voluntad de Dios? — Cuando te falte alguna cosa perteneciente á los remedios ó al mantenimiento, ya sea por negligencia, por ignorancia ó yerro de aquellos que te asisten, refrena los movimientos de impaciencia inte-

porque ella fomenta nuestras pasiones, y cada día nos hace caer en mayores pecados. Dios nos da estos achaques ordinarios como medicamentos eficaces. — Las enfermeda-

riores y exteriores, no te quejes ni murmures. — Venera de este modo la providencia de Dios, que así lo permite y hace partícipe con alegrías de la pobreza de Jesucristo tu Maestro, ya moribundo; y por un manjar mal preparado para el cuerpo no cometas faltas culpables, con que enfermes también el alma. En medio de los violentos dolores del cuerpo ó del espíritu pon los ojos en Jesucristo crucificado, cuyos dolores fueron incomparablemente mayores que los tuyos, y pídele te dé gracias para imitarle en la paciencia. Acuérdate de los dolores del Infierno y del Purgatorio, que has merecido por tus pecados. Y con perfecta contrición de ellos, agradece á Dios la ocasión en que te ha puesto de purgarlos con dolores tan pequeños. Piensa en la muerte algunas veces, y mírala como el fin de tus miserias, y acéptala si ya es llegada la hora que Dios te tiene

dios, por dificultosos y amargos que sean, porque Dios quiere que los recibas y que los sufras, ya sea aplicados al cuerpo, ya tomados por la boca, pues te ha dado la enferme-

señalada. Mas guárdate de desearla y llamarla con impaciencia por salir de trabajos; antes bien disparte para con ella con actos frecuentes de sumisión, de resignación y de paciencia.

Luego que te veas sana, reflexiona un poco sobre la enfermedad pasada, y mira cómo te has portado en ella; y reconociendo tus faltas, acúsate de ellas delante de Dios, proponiéndote para adelante portarte mejor con su gracia, y de ser siempre fiel al Señor en la salud y en la enfermedad.

§ III

Enfermedades habituales.

La enfermedad no es menos don de Dios que la salud. Estas dos cosas son indiferentes, y Dios nos las da según juzga ser necesario para nuestra salvación. Esta enfermedad

porque ella fomenta nuestras pasiones, y cada día nos hace caer en mayores pecados. Dios nos da estos achaques ordinarios como medicamentos eficaces. — Las enfermeda-

que padeces es un reloj que te muestra de qué condición eres, cuyas horas suenan todas las veces que acomete, ó el dolor cólico, ó la jaqueca ú otro mal, y te avisan que eres criatura miserable sujeta á la muerte. Cuando el cuerpo está postrado con el peso de ese mal que padeces, levanta el alma á que con valor haga algún acto de virtud, una heroica resignación, una animosa conformidad, una fuerte resignación de sufrir; con esto adquierás más bien del que la enfermedad puede quitarte. San Pablo decía: « Cuando estoy enfermo soy más fuerte. » Porque su alma se fortificaba con el sufrir. ¿De cuántos males te ha librado esa jaqueca, que una perfecta salud te hubiera ocasionado? ¿De cuántas vanidades, de cuántas conversaciones inútiles, y á veces nocivas, te ha librado ese achaque habitual, del cual tú te lamentas? Verdad es que esa tu en-

dios, por dificultosos y amargos que sean, porque Dios quiere que los recibas y que los sufras, ya sea aplicados al cuerpo, ya tomados por la boca, pues te ha dado la enferme-

fermedad vuelve y se repite muchas veces; pero no menos veces vuelven y se repiten tus pecados, siendo así que sólo un pecado venial es mayor mal que todas las enfermedades del mundo. Anticipa tu purgatorio por medio de esas ligeras penas. Pues es cierto que ese achaque ó dolor que padeces no es tan violento como el fuego, y con todo eso, si tú quieres, él te libraré de aquel fuego, y redimirás, con penas ligeras y breves en esta vida, las penas gravísimas y largas que habías de padecer en la otra. Dios quiere que sufras ese mal en este tiempo, en este momento. ¿Por qué no lo querrás tú también? Él pudiera darte otros males mayores sin comparación, y te fuera forzoso sufrírselos, porque Él es el Señor y dueño, y tú las tienes bien merecidas; y dándote un mal tan ligero, ¿se te hace tan pesado? — Muchas veces la salud es causa de la enfermedad,

porque ella fomenta nuestras pasiones, y cada día nos hace caer en mayores pecados. Dios nos da estos achaques ordinarios como medicamentos eficaces. — Las enfermedades del cuerpo son remedios que purgan al alma para que no la corrompa del todo el veneno de sus pasiones. — Tú sabes por tu misma experiencia que ese dolor ó mal que tienes pasará presto, y después de poco serás aliviada ó libre de él: espera este poco de tiempo con paciencia, persuadida de que en esta vida no pueden faltar miserias. Considerate como un caminante que, con la esperanza del buen tiempo, siempre camina sin dejar de proseguir su viaje por las lluvias y vientos. O como un piloto que, con la esperanza de llegar al puerto, aun entre las tempestades procura que su navío siempre vaya adelante cuanto es posible. — Da gracias á Dios por esa incomodidad habitual

El cuerpo es importuno, pide lo que le es necesario con imperio, y de ahí, con pretexto de necesidad, pasa á pedir lo que le es deleitable.

que padeces, y recíbela como una gracia singular suya; ámale y sírvele por ella, y tenla por fiel compañera, que al fin te ha de llevar al Cielo.



ño, y tú las tienes bien merecidas; y dándote un mal tan ligero, ¿se te hace tan pesado? — Muchas veces la salud es causa de la enfermedad,



MARZO

(Flor: *Cactus rojo.*)

La penitencia.

§ I

DESPUÉS del pecado de Adán, toda su posteridad fué condenada á penitencia. Nuestra vida no puede ser otra cosa sino una penitencia continua. ¿Vives tú con esa persuasión? ¿Gobiernas tus acciones con el espíritu de penitencia? El Salvador nos rescató del pecado original; mas no nos libró de la obligación de hacer penitencia por los demás pecados que cometemos. Él nos la predica diversas veces en su Evangelio. « Haced, dice, penitencia,

El cuerpo es importuno, pide lo que le es necesario con imperio, y de ahí, con pretexto de necesidad, pasa á pedir lo que le es deleitable,